

reina y de toda la familia real le inclinaba á dar al rey unos consejos en los cuales no habia sino una falta: la de que no era posible seguirlos.

Estos conciliábulos, que se celebraban en casa de Adriano Duport, amigo de Barnave y oráculo de aquel partido, no servian sino para producir mayor confusión en el ánimo indeciso y vacilante del rey. Lafayette y sus amigos eran tambien entónces del mismo parecer, y Lafayette, que el dia anterior dirigia aún despóticamente la opinion pública, no podia persuadirse de que su época habia pasado. La guardia nacional, que le era adicta, creia aún en su omnipotencia política. Todos estos hombres y todos estos partidos prestaban un secreto apoyo á Mr. de Narbona. Cortesano á los ojos de la corte, aristócrata á los de la nobleza, militar á los del ejército, popular á los del pueblo, y seductor á los de las mujeres, era el ministro universal de la esperanza pública. Sólo los girondinos tenian una segunda intencion en el favor aparente que le dispensaban, que era la de engrandecerle para poderle precipitar desde más alto. Mr. de Narbona no era para ellos sino el instrumento precioso é indispensable que debia preparar su advenimiento al poder.

III

Apénas entró en el Consejo el jóven ministro, cuando en la discusion de los negocios y en las relaciones entre el ministerio y la Asamblea se conoció la actividad, la gracia, la franqueza de su carácter. Su osadía le hizo atreverse á ensayar un sistema de confianza con la Asamblea, que quedó atónita al ver su abandono. Aquellos hombres suspicaces y austeros que hasta entónces no habian visto sino lazos tendidos con más ó ménos destreza en todos los discursos que habian oido á los ministros, se dejaban seducir por el encanto que habia en los de éste. No les habló nunca el lenguaje frio y oficial de la diplomacia, sino el idioma franco y cordial del patriota. Llevaba su cartera á la tribuna, y aceptando generosamente la responsabilidad de todos sus actos, desenvolvía allí los dogmas más queridos del pueblo, haciendo gala de profesarlos él mismo. Entregóse á discrecion, consiguiendo con esto que el arrojado impetuoso de su alma se comunicase aún á los hombres ménos fáciles de seducir. La nacion gozaba al contemplar un aristócrata á quien sentaba tan bien su traje, y que profesaba los mismos principios y tenia las mismas pasiones que ella. El ardor de su patriotismo no dejó que se resfriase aquel movimiento, que confundia en él al rey y al pueblo. Este hombre hizo prodigios de actividad en el corto tiempo de su administracion. Recorrió y puso en estado de defensa las plazas fuertes, creó ejércitos, arengó á las tropas, impidió la emigracion de la nobleza en nombre del peligro comun, nombró generales y volvió á poner en juego á Lafayette, á Rochambeau y á Luckner. Un ardor patriótico, cuyo principal autor era él, se apoderó de toda Francia. Haciendo del trono el centro nacional de la defensa del país, logró que el rey fuese querido por la mayor parte de los franceses. Los partidos se reconciliaron en el entusiasmo de la patria. Su elocuencia era enteramente militar, y tan rápida, brillante y sonora como el manejo de las armas. La efusion del corazon constituia su carácter. Ponia su alma de manifiesto ante los ojos de sus adversarios, y esta confianza cautivaba á todo el mundo.

El dia que fué nombrado ministro, en vez de anunciar su nombramiento dirigiendo una comunicacion oficial al presidente de la Asamblea, se presentó allí y

pidió en seguida la palabra. «Vengo — dijo — á ofrecer un profundo respeto al poder popular de que estais revestidos, una firme adhesion á la Constitucion que he jurado, y un amor denodado por la igualdad y por la libertad; sí, por la igualdad, que aunque no tenga ya adversarios, no deja por eso de tener necesidad de celosos defensores.» A los dos dias atrajo en su favor toda la Asamblea al hablar de la responsabilidad de los ministros. «Acepto — dijo — la definicion que acaba de darse de la situacion de los ministros, diciendo que la responsabilidad quiere decir *la muerte*. No escaseeis amenazas con respecto á nosotros, ni trateis de disminuirnos los peligros. Cargadnos sobre todo de trabas personales; pero al mismo tiempo dadnos los medios necesarios para que hagamos que marche la Constitucion. En cuanto á mí, aprovecho esta ocasion para rogar encarecidamente á los miembros de la Asamblea que me informen de todo cuanto crean que puede ser útil al bien público en mi administracion. Nuestros intereses y nuestros enemigos son unos mismos. Lo que debe llevarse á ejecucion no es la letra de la Constitucion, sino su espíritu. ¡No hay que contentarse sólo con cumplir con el deber, lo que necesitamos principalmente es salir bien con nuestra empresa! Vosotros vereis que el ministro está convencido de que no puede salvarse la libertad por otro medio que con vosotros y por vosotros. Dejad por un momento de desconfiar en nosotros, no nos condeneis hasta que lo hayamos merecido; entre tanto, dadnos con confianza los medios de poder servirlos.»

Semejantes palabras hacian impresion aún en los ánimos más prevenidos. Se votó la impresion de este discurso y su remision á los departamentos. Para cimentar esta reconciliacion entre el rey y la nacion, Mr. de Narbona se presentó en las comisiones de la Asamblea, les comunicó sus planes, discutió con ellas las medidas que se proponia adoptar, é inclinó los espíritus con sólo este paso á interesarse en sus resoluciones. Esta mancomunidad de gobierno era el verdadero espíritu de la Constitucion. Los demas ministros no veian en ella sino una humillacion al poder ejecutivo y una abdicacion de la dignidad real. Mr. de Narbona creia, por el contrario, que era el solo medio de reconquistar el espíritu de la nacion á favor del rey. La opinion habia disminuido las prerogativas del trono; sólo ella podia reintegrarle en ellas y consolidarlo. Obrando de este modo, consiguió Mr. de Narbona hacerse un ministro enteramente popular y arrastrar tras sí la opinion pública.

Cuando el emperador hizo comunicar al rey un mensaje alarmante respecto á la seguridad de las fronteras, el rey pasó personalmente á la Asamblea para enterarla de las disposiciones enérgicas que pensaba tomar. En cuanto salió Luis XVI del Congreso, volvió á entrar Mr. de Narbona, y subió á la tribuna. «Voy á marchar inmediatamente — dijo — á recorrer nuestras fronteras y á inspeccionar por mí mismo lo que pasa, no porque crea fundada la desconfianza que tiene el soldado en la oficialidad, sino porque espero disiparla hablando á unos y otros en nombre de la patria y del rey. Diré á los oficiales que las antiguas preocupaciones y un amor al trono, llevado más allá de lo conveniente y justo, han podido hacer excusable su conducta por un cuanto tiempo; pero que la palabra traicion no está en el diccionario de las naciones que conocen el honor. A los soldados les diré: Vuestros oficiales continúan en las filas de la nacion, y están ligados á la revolucion por el juramento y por el honor. La salvacion del Estado depende de la disciplina de su ejército. Desde aquí voy á entregar mi cartera al ministro de Nego-

cios extranjeros, y es tal mi confianza, y tal la que debe tener la nacion en su patriotismo, que desde ahora me constituyo responsable de todas las órdenes que dé en mi nombre durante mi ausencia.» Mr. de Narbona se mostró con este discurso tan hábil como magnánimo. El conocia interiormente que el crédito que tenia en la nacion era suficiente para cubrir la impopularidad de su colega Lessart, denunciado ya por los girondinos, y de este modo se situaba entre éstos y su víctima. La Asamblea se veia arrastrada por este hombre singular. Obtuvo, pues, veinte millones para los primeros aprestos, y el baston de mariscal de Francia para el anciano Luckner. La prensa y hasta los mismos clubs le aplaudieron. La decision general por la guerra podia más que cualquier otro resentimiento.

Sólo un hombre resistia en los Jacobinos este entusiasmo universal, y este hombre era Robespierre. Hasta entónces no habia sido éste sino un mantenedor de ciertas ideas, un agitador subalterno, infatigable é intrépido, pero de escasa importancia entre tantos grandes nombres. Desde aquel dia se convirtió en un hombre de Estado. Sintió su fuerza interior, apoyó esta fuerza en un principio, y se atrevió á combatir solo abogando por la paz. Se sacrificó sin reparar en el número de sus adversarios, y con ejercitarla, adquirió mucha más fuerza de la que anteriormente tenia.

La cuestion de paz ó de guerra se agitaba en los gabinetes de los príncipes amenazados por la revolucion, en los consejos de Luis XVI, en los conciliábulos de los partidos, en la Asamblea, en los Jacobinos y en la prensa periodística. El momento era decisivo. Era tambien evidente que las negociaciones entre el emperador Leopoldo y Francia, con motivo de las grandes reuniones de emigrados en los Estados dependientes del imperio, tocaban ya á su término, y que ántes de mucho tiempo, ó el emperador daria una satisfaccion á Francia disipando aquellas reuniones, ó ésta le declararia la guerra, y con semejante declaracion atraeria sobre sí las hostilidades de todos sus enemigos á la vez. Esto era un desafio en el cual Francia arrojaba el guante á toda Europa.

Ya hemos visto que estaban por la guerra los hombres de Estado, los revolucionarios, los constitucionales, los aristócratas y los jacobinos. La guerra era para todo el mundo una apelacion á la suerte. Impaciente Francia, queria que la derrota ó la victoria se pronunciasen por ella. La victoria le parecia la única salida posible á sus dificultades interiores; la derrota tampoco la asustaba. Creia en ella, y sin embargo, desafiaba á la muerte. Robespierre pensaba de otra manera muy distinta.

Este comprendió dos cosas: primera, que la guerra era un crimen gratuito contra el pueblo; segunda, que áun cuando terminase felizmente, perderia á la democracia. Robespierre consideraba la revolucion como la aplicacion rigurosa de los principios de la filosofía política á las sociedades. Criado, convencido y apasionado por Juan Jacobo Rousseau, el *Contrato social* era su evangelio; la guerra hecha con la sangre de los pueblos era á sus ojos lo que será siempre á los de todo sabio, una matanza en masa para satisfacer la ambicion de unos pocos, y sólo gloriosa en el caso de ser defensiva. Robespierre no creia que Francia se hallase en un apuro tan grande que no pudiese salvarse por otro medio que el de abrir aquella vena de la humanidad, de donde saldria la sangre á torrentes. Convencido de la omnipotencia de las nuevas ideas cuya fe y fanatismo abrigaba en su alma, inace-

sible á toda clase de intriga, no temia que algunos príncipes fugitivos y algunos miles de aristócratas emigrados pudiesen imponer leyes á una nacion cuyo primer suspiro de libertad habia sido bastante fuerte para levantar el trono en peso, y con él á la nobleza y el clero. Tampoco pensaba que las potencias europeas, desunidas é indecisas, osasen declarar la guerra á una nacion que proclamaba la paz mientras no fuesen atacadas. Robespierre tenia una conviccion íntima de que los ejércitos europeos serian derrotados si la perversidad de sus respectivos gabinetes llegaba hasta el extremo de intentar aquella cruzada contra la razon humana; porque creia que habia una fuerza invencible en la justicia de cualquiera causa, que el derecho aumentaba la energía de un pueblo, que su desesperacion equivalia á un buen ejército, y que Dios y los hombres estaban por el pueblo.

Pensaba ademas que, si era del deber de Francia el propagar á los demas pueblos las luces y los beneficios de la razon y de la libertad, el destello natural y tranquilo de la revolucion francesa sobre el resto del mundo seria un medio de propagacion más infalible que el de las bayonetas, que la revolucion debia ser una doctrina y no una monarquía universal fundada con la punta de la espada, y que no se debia coligar el patriotismo de las naciones contra sus dogmas. El imperio de sus nuevas máximas estaba en las almas, segun su modo de ver, y la fuerza de las ideas revolucionarias consistia en su misma luz.

Pero aún comprendió más: comprendió que la guerra ofensiva perderia inevitablemente á la revolucion y aniquilaria aquella república prematura de que le hablaban los girondinos, pero que él no acertaba á definir bien todavía. Si la guerra es desgraciada, se decia aquel hombre interiormente, Europa sofocará sin esfuerzo bajo el peso de sus ejércitos el primer germen de ese nuevo gobierno, que aunque tendrá algunos mártires que sabrán morir confesándolo, no tendrá un país donde poder renacer. Si la suerte de la guerra nos es ventajosa, el espíritu militar, cómplice perenne del espíritu aristocrático, el honor, que es la religion que une al soldado al trono, y la disciplina, que es el despotismo de la gloria, ocuparán el puesto de las virtudes varoniles á que el ejercicio de la Constitucion haya acostumbrado al pueblo, y este pueblo se lo perdonará todo, hasta la misma esclavitud, á los que le hayan salvado. El reconocimiento de una nacion hácia los jefes que hayan conducido sus hijos á la victoria es un lazo en que caen siempre los pueblos. Ellos mismos doblarán voluntariamente la cerviz para que les impongan el yugo, y sus virtudes cívicas palidecerán ante el brillo de las hazañas militares. O el ejército volverá á escudar el antiguo trono, y Francia tendrá un Monk, ó el ejército coronará al general que tenga más suerte, y entónces la libertad tendrá un Cromwel. En las dos hipótesis, la revolucion se le escapa al pueblo y cae á merced de un soldado. Luego salvarla de la guerra es libertarla de un lazo que se le tiende. Estas reflexiones acabaron de decidirle. Todavía no habia violencia en sus pensamientos, pero veia de léjos, y veia con mucha exactitud y prevision.

Este fué el origen de su rompimiento con los girondinos. La justicia de éstos era la política, y en la guerra les parecia que la habia. Con justicia ó sin ella, ellos la querian y trataban de hacerla servir de instrumento para derribar el trono y procurar su propio engrandecimiento. Todo el mundo puede ver en esta contienda si las faltas primeras estuvieron en los demócratas ó en los hombres esencialmente ambiciosos. Este combate encarnizado, que debia concluir por la muerte de ambos

partidos, se abrió el 12 de Diciembre en la sesión nocturna del club de los Jacobinos.

IV

«He meditado seis meses, ó por mejor decir, desde el primer día de la revolución,—dijo Brissot, que era el alma de la Gironda,—sobre el partido que voy á sostener. Por la fuerza del raciocinio y por la de los hechos, he llegado á tener la convicción de que un pueblo que ha conquistado su libertad despues de diez siglos de esclavitud, tiene necesidad de guerra. La necesita para consolidar la libertad y para purgar la Constitución de los restos del despotismo; nosotros la necesitamos ahora para hacer desaparecer á todos los hombres que pueden corromperla. Ya que teneis fuerza para castigar á los rebeldes y para intimidar al mundo, tened tambien la audacia que para uno y otro se requiere. Los emigrados persisten en su rebelion, y los soberanos extranjeros se obstinan en sostenerlos. ¿Puede vacilarse en atacar á los unos y á los otros? Nuestro honor, nuestro crédito público y la necesidad de moralizar y de consolidar la revolución nos imponen el deber de hacerlo así. Francia quedaria deshonrada si sufriese la insolente sublevacion de algunos facciosos y los ultrajes que un déspota no sufriria impunemente ni quince días. ¿Qué quereis que piensen de nosotros? No, es preciso que nos vengamos, ó que nos resolvamos á ser el oprobio de las naciones. Es indispensable que tomemos una justa venganza destruyendo esas hordas de bandidos, ó que consintamos en ver perpetuarse las facciones, las conjuraciones y los incendios, y en tolerar la audacia cada día más insolente de nuestros aristócratas. Estos fundan sus esperanzas en el ejército de Coblenza, y tienen puesta en él toda su confianza. ¿Quereis acabar de un golpe con la aristocracia? Destruid á Coblenza. El jefe de la nacion se verá obligado á reinar por la Constitución, con nosotros y por nosotros.»

Estas palabras del hombre de Estado de la Gironda hallaban eco en todos los corazones, no sólo en el club de los Jacobinos, sino en los puntos más distantes del reino. Los aplausos frenéticos de las tribunas no eran sino la manifestacion de la impaciencia universal de todos los partidos por obtener un desenlace á aquella crisis. Necesitaba Robespierre tener un alma de bronce para ir á un mismo tiempo contra sus amigos, contra sus enemigos y contra el sentimiento nacional. Esta lucha de una idea contra todas las pasiones duró algunas semanas sin cansarle. Las grandes convicciones son infatigables, y Robespierre luchó solo, por espacio de un mes, contra toda Francia. Sus mismos enemigos hablaban con respeto de esta obstinada resistencia. Si no tenían valor para seguirle, no se avergonzaban de tributarle los merecidos elogios á que la firmeza de su carácter le hacia acreedor en esta ocasion. Su elocuencia, seca, verbosa y dialéctica en un principio, se fué elevando con ejercitarla tanto. Los periódicos reproducian todos los discursos de aquel hombre. «¡A tí, oh pueblo, que no tienes medios para hacerte con los discursos de Robespierre, prometo yo dártelos íntegros!»—decía *El Orador del Pueblo*, diario de los jacobinos.—Guarda bien las preciosas hojas que van á seguir á ésta, en las que hallarás los discursos que te he dicho. Estos son obras maestras de elocuencia, que deben quedar archivadas perpetuamente en todas las familias, para enseñar á los que vengan despues de nosotros que Robespierre ha existido para la felicidad pública y para salvar la libertad.»

Despues de haber agotado todos los argumentos que la filosofía, la política y el patriotismo podian suministrar contra una guerra ofensiva comenzada bajo la inspiracion de los girondinos, fomentada á la sordina por los ministros y conducida por los generales aristocráticos sospechosos al pueblo, subió Robespierre por última vez á la tribuna, en la noche del 13 de Enero, para contestar á Brissot, y reasumió en una oracion tan hábil como patética todo cuanto llevaba dicho anteriormente.

«Sí, me habeis vencido; me paso á vuestro partido,—dijo con voz turbada,— y pido tambien la guerra. ¡Qué digo! La pido más terrible y más irreconciliable que vosotros; yo no la quiero como acto de sabiduría, de razon ni de política, sino como último recurso de la desesperacion. La pido con una condicion, que sin duda tambien quereis vosotros, porque no me figuro que los que han abogado por la guerra hayan querido engañarnos; la pido á muerte, heroica, y tal en fin como el genio de la libertad la declararia á todos los despotismos, tal como el pueblo de la revolución la haria conducido por sus jefes naturales, y no como la desean quizá ciertos soldados intrigantes, ciertos ministros y ciertos generales ambiciosos, que aunque patriotas no pueden ménos de infundir graves sospechas.

»Pues bien, franceses, vosotros, hombres del 14 de Julio, que supisteis conquistar la libertad sin guías y sin jefes, venid, venid pues; formemos ese ejército que, segun vosotros decis, ha de conquistar el universo. Pero ¿dónde está el general que, defensor imperturbable de los derechos del pueblo y enemigo nato de los tiranos, no respire jamás el aire emponzoñado de las cortes y cuya virtud esté comprobada por el odio y por la desgracia en que está en aquellas, aquel general cuyas manos puras no se hayan teñido en nuestra sangre, y que sean dignas de llevar delante de nosotros la bandera de la libertad? ¿Dónde está ese nuevo Caton, ese tercer Bruto, ese héroe todavia desconocido? ¡Si alguno hay que se reconozca en los rasgos que acabo de trazar, que venga! Nosotros vamos á colocarle á nuestra cabeza... Pero ¿en dónde está? ¿Dónde están aquellos soldados del 14 de Julio, que depusieron ante el pueblo las armas que les habia entregado el despotismo? Soldados de Chateauvieux, ¿en dónde estais? ¡Venid á secundar nuestros esfuerzos! Pero sería más fácil arrancar su presa á la muerte que sus víctimas al despotismo. ¡Ciudadanos que habeis tomado la Bastilla, venid! La libertad os llama y os hará la honrosa justicia de colocaros en primera fila... ¡No responden! ¡La miseria, la ingratitud y el odio de los aristócratas los han dispersado! ¡Y vosotros, ciudadanos sacrificados en el Campo de Marte en el mismo acto de una confederacion patriótica, no estareis ya con nosotros! ¡Ah! ¿Qué habian hecho esas mujeres y esos pobres niños que se revuelcan en su propia sangre? ¡Oh Dios, cuántas víctimas! ¡Siempre del pueblo! ¡Siempre entre los patriotas más puros! ¡Y los conspiradores poderosos respiran y triunfan! ¡Venid al ménos vosotros, guardias nacionales, que os habeis consagrado más especialmente á la defensa de nuestras fronteras en esta guerra con que la perfidia nos amenaza! ¡Venid! Pero ¿qué esto? ¿Todavía no estais armados? ¡Cómo! Despues de dos años que hace que estais pidiendo las armas, ¿no os las han dado aún? ¡Qué digo! ¡Os han negado hasta los uniformes, y estais condenados á andar errantes de departamento en departamento, siendo objeto del desprecio de los ministros y de la risa de los patricios que os pasan revista para gozarse en vuestra miseria! ¡No importa! Venid y pelearémos desnudos como los americanos.

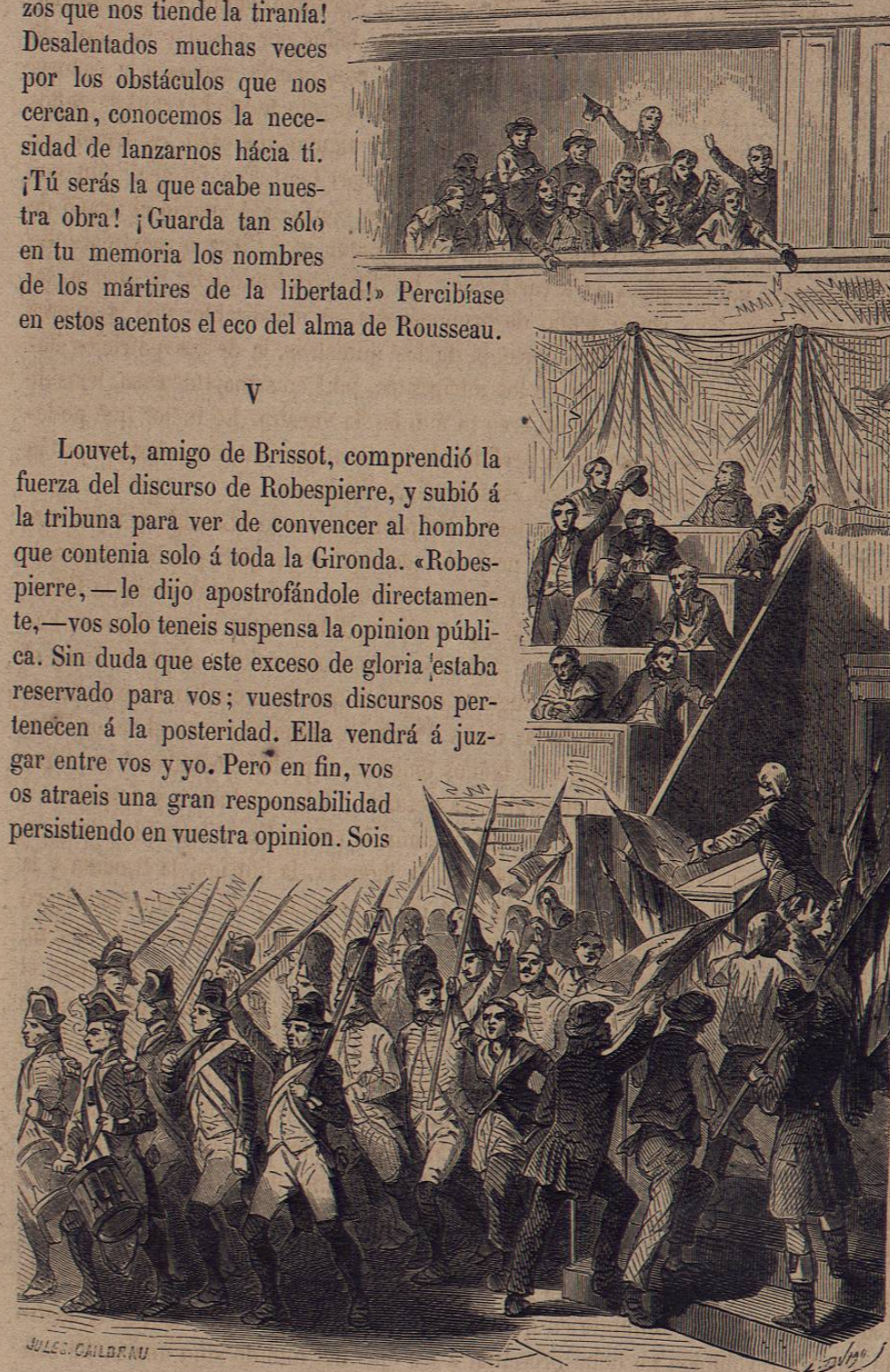
»Pero ¿aguardaremos para derribar los tronos á recibir las órdenes del ministerio de la Guerra? ¿Esperaremos para hacerlo la de la corte? ¿Nos mandarán esos mismos patricios, esos eternos favoritos del despotismo, en la guerra que vamos á emprender contra los aristócratas y los reyes? No. Marchemos solos. Pero ¡qué es esto! Los mismos defensores de la guerra me detienen; ved ahí al señor Brissot, que me dice que es preciso que el señor conde de Narbona conduzca todo este negocio, que es preciso también que marchemos mandados por el señor marqués de Lafayette, y que sólo al poder ejecutivo pertenece conducir la nación á la victoria y á la libertad. ¡Ah, ciudadanos! ¡Estas palabras han roto todo el encanto! ¡Adios victoria, adios independencia de los pueblos! ¡Si alguna vez caen los tronos de Europa, no serán semejantes manos las que los derriben! España será aún por algún tiempo lo que ha sido hasta el día. Leopoldo continuará siendo el tirano de Alemania y de Italia, y no veremos tan pronto á Catón ni á Cicerón reemplazando en el cónclave á los papas y á los cardenales. Lo digo con franqueza: la guerra, tal como yo la concibo y como acabo de proponérsela, es irrealizable; y si la guerra que debemos aceptar es la de la corte, la de los ministros, la de los patricios llamados malamente patriotas ó la de los intrigantes, ¡ah! en semejante caso, léjos de creer en la libertad del mundo, no creo ni aún en la vuestra. Lo mejor que podemos hacer es defenderla contra la perfidia de los enemigos interiores que os están meciendo para que os durmais con esas heroicas ilusiones.

»Voy á reasumirme triste y friamente. He probado que la libertad no tenía enemigo más temible que la guerra; he probado que ésta, aconsejada por hombres sospechosos, no era en manos del poder ejecutivo sino un medio de destruir la Constitución y de acelerar el desenlace de una trama urdida contra la revolución. Favorecer estos planes bajo cualquier pretexto es asociarse á los traidores. Todo el patriotismo del mundo, todos los lugares comunes que quieren llamarse políticos no cambian nada la naturaleza de las cosas. Predicar, como lo hacen el señor Brissot y sus amigos, la confianza que debemos tener en el poder ejecutivo, é implorar el favor del público hácia los generales, es desarmar á la revolución y desposeer á la nación de la poca vigilancia y energía que aún le resta. En la horrible situación adonde nos han conducido el despotismo, la ligereza, la intriga, la traición y la ceguera general, yo no me aconsejo sino de mi corazón y de mi conciencia; yo no tengo consideraciones sino con la verdad, ni soy condescendiente sino con mi patria. Bien sé que algunos patriotas censuran la franqueza con que presento el cuadro aflictivo de nuestra situación, no desconozco esta falta. ¿La verdad no es bastante culpable sólo por ser verdad? ¡Ah! Con tal que el sueño sea dulce, ¡qué importa el despertarse al ruido de las cadenas de la patria y en medio de la calma de la esclavitud! No turbemos, pues, la quietud de esos dichosos patriotas, no; pero que sepan que sin vértigo y sin miedo podemos medir toda la profundidad del abismo en que nos hallamos metidos. Enarbolemos la divisa del palatino de Posnania: *Prefiero las borrascas de la libertad á la calma de la esclavitud*. Si el momento de la emancipación no hubiese llegado todavía, nosotros tendríamos paciencia para aguardarle. Si la generación presente no estuviese destinada sino á agitarse en el lodo inmundo en que la ha sumergido el despotismo, si el teatro de nuestra revolución no debe presentar á los ojos del mundo sino una lucha continuada entre la perfidia y la debilidad, entre el egoísmo y la ambición, la nueva

generación empezará á purificar esta tierra manchada con tantos vicios. Ella nos traerá, no la paz del despotismo, ni las estériles agitaciones de la intriga, sino el fuego y el acero para incendiar los tronos y para exterminar á los tiranos. ¡Posteridad más dichosa que nosotros, tú no nos eres desconocida! ¡Por tí desafiamos las borrascas y los lazos que nos tiende la tiranía! Desalentados muchas veces por los obstáculos que nos cercan, conocemos la necesidad de lanzarnos hácia tí. ¡Tú serás la que acabe nuestra obra! ¡Guarda tan sólo en tu memoria los nombres de los mártires de la libertad!» Percibiase en estos acentos el eco del alma de Rousseau.

V

Louvet, amigo de Brissot, comprendió la fuerza del discurso de Robespierre, y subió á la tribuna para ver de convencer al hombre que contenía solo á toda la Gironda. «Robespierre, — le dijo apostrofándole directamente, — vos solo teneis suspensa la opinion pública. Sin duda que este exceso de gloria estaba reservado para vos; vuestros discursos pertenecen á la posteridad. Ella vendrá á juzgar entre vos y yo. Pero en fin, vos os atraeis una gran responsabilidad persistiendo en vuestra opinion. Sois



Los soldados de Chateauvieux desfilan por la sala de la Asamblea nacional.—Pág. 279.
T. I.